

EL

TRAIDOR

<<Pude ver la humareda que indicaba la llegada del tren lleno de judíos para rellenar el campo. En cuanto éste paró, todos los soldados comenzamos a desgañitarnos, dando órdenes en alemán a todos los pasajeros. Poco a poco, los vagones fueron vaciándose mientras les instábamos a ir más rápido; observaba sus caras de sufrimiento y aunque las primeras veces que les vi bajar, al ser todavía un soldado primerizo, sentí mi corazón apretarse en un puño y comencé a dudar de los ideales que se me habían inculcado desde pequeño, poco a poco me fui inmunizando, ahora trataba de mirarles con indiferencia e ignorar ese apretón en mi pecho, les veía como a esos seres que debían ser exterminados para que esta nueva sociedad que *el Führer* estaba tratando de crear fuese un éxito completo, eran simples cifras; al fin y al cabo habíamos acabado con muchos de ellos todos los demás que quedaban. Teníamos una misión que cumplir, realizar una purga étnica. Muchas veces me preguntaba si mis compañeros sentirían lo mismo que yo o si simplemente eran capaces de dejar su humanidad a un lado.

Avanzaban con paso pesados, sus rostros deformados en un rictus de terror e incertidumbre; la ropa hecha jirones y la piel con mugre y suciedad; aferraban la mano de sus seres queridos, como temiendo que se los arrebatasen, al fin y al cabo, en unos minutos serían separados por edades y sexos y era muy improbable que se volvieran a ver.

Una pareja de ancianos caminaban agarrándose de las manos, las lágrimas surcaban el rostro arrugado de la anciana, sosteniendo en sus brazos a un infante de mejillas sonrosadas y pelo pajizo. Mientras el señor le susurraba al oído, con el objetivo del tranquilizarla. Comencé a fijarme en cada detalle de su apariencia“ *Céntrate Oskar, deja de pensar en ellos. Simplemente son otra pareja de judíos ¿Qué pensaría padre de ti? Compadeciéndote por ellos.*” Solo de pensar en mi progenitor mis dudas se alejaron, quería enorgullecerle, respiré hondo, y comencé a registrar a todos los judíos. Uno tras otro, fueron siendo separados: mujeres, hombres, niños, ancianos y enfermos, el proceso se fue haciendo monótono; hasta que aquel matrimonio se puso delante de

mí. Esta vez se mostraban diferentes, estaban erguidos, con el mentón alzado, como si trataran de demostrarme que no se amedrentaban ante sus circunstancias, pero su mirada les traicionaba, en sus ojos claros se filtraba el miedo.

- Nombre.- les insté en alemán.
- Henrik y Lisbeth Morgenstern. El niño se llama Bruno Spielter.- dijo él hombre en alemán con voz temblorosa e insegura.
- ¿Cuál es la relación de parentesco entre ustedes?
- Es nuestro nieto. Nuestra hija y su marido murieron hace un año a manos de uno de sus compatriotas en una redada de judíos. y hemos tenido que encargarnos de él desde entonces.
- Año de nacimiento.
- Él en 1864, y yo en 1867. Bruno nació en 1939, ya tiene 3 años- la valentía les abandonó, y fueron incapaces de sostener la mirada. La mujer le agarró la manita al pequeño que, inocentemente me sonrió, haciendo que sus ojos turquesa se iluminasen de alegría. Parecía no entender la tensión de la situación.
- Procedencia.
- Múnich.- la mujer comenzó a sollozar.
- ¿Profesión?
- Doctor y profesora.- tras apuntar todo llamé a los siguientes. Fueron separados y el niño pasó con la comandante Kruger que impasible le gritó en alemán para que avanzase hasta las habitaciones.

No volvía a pensar en ellos hasta una semana después, vi al señor Morgenstern durante la revisión médica, miraba a su alrededor, como buscando algo. El médico le llamó tres veces, pero él estaba inmerso en sus pensamientos. Me acerqué a él:

- Le hemos llamado tres veces, no creo que una cuarta sea necesaria.- le espeté casi gritando. Él involuntariamente se encogió ante mi presencia y simplemente asintió musitando una disculpa.

No creí que fuese necesario asustarle más. Sin embargo la opinión de Klaus, un soldado muchísimo más radical que yo no compartía mi opinión; se acercó a él y sin mediar palabra le abofeteó; el impacto hizo al hombre retroceder y boquear confuso y sin ser capaz de acabar de procesar aquella muestra de violencia.

- Asqueroso judío.- espetó despectivamente, se llevó la mano a la cadera y sacó su Luger, un pequeño revólver de siete milímetros y medio y lo posicionó en sus sien.- Se arriesga a que le plante una bala en el cerebro, ni siquiera Yhaveh le podrá ayudar si me enfada.

Una semana después se nos comunicó a todos los soldados que debíamos proceder a llevar a los ancianos y niños menores de quince años a la cámara de gas. Algo había cambiado desde la llegada de los Morgenstern; así que antes de llevar a cabo la ejecución de los judíos me vi acercándome a sus habitaciones comunales y sacando al matrimonio y al pequeño Bruno. Me topé ante sus miradas de incredulidad. Sin pronunciar ni una sola palabra les di ropa nueva para que se deshiciesen de los monos de trabajo blancos de rayas azules manchados de tierra y hollín. Les llevé a mis propios aposentos privados tratando de evitar ser visto. El anciano hombre tomó al infante en sus brazos y caminó apresuradamente, una vez a salvo la mujer fue la primera que se atrevió a hablar.

- ¿Qué va ha hacer con nosotros? Si pretende matarnos le advierto que no voy a dejar este mundo sin resistirme. Si hace falta gritaré, creo que no se ha tomado todas esas molestias para que le pillen, de hecho...
- Lisbeth. déjale hablar.- intervino su marido observándome con seriedad.
- Les estoy ayudando, pretendo sacarles de aquí, pero si no colaboran no podré hacerlo, ¿de acuerdo?
- ¿Por qué nos ayuda?- continuó inquisidoramente la mujer, como esperando que esto fuese una trampa.
- Imagino que quieren ser capaces de ver a su nieto crecer ¿verdad? Ni siquiera yo sé por qué les estoy ayudando, puede que una parte de mí quiera

enmendar mis errores y esté haciendo esto en busca de redención.- se quedaron callados, pensativos durante lo que parecieron horas.

Un golpe en la puerta nos sobresaltó a todos. Me levanté en tensión y les hice un gesto para que escondiesen, como pudiesen, en la pequeña habitación. Al abrir la puerta, sin embargo, no fui capaz de encontrar a nadie por lo que un sentimiento de alivio recorrió mi cuerpo.

Las semanas pasaron; y mi relación con ellos sorprendentemente se estrechó. Una noche comenzamos a hablar sobre nuestros seres queridos.

- Mi hija y su marido fueron asesinados delante de Bruno, cuando le encontramos estaba tendido a su lado, abrazando el cadáver de mi hija y los dos cubiertos de sangre.- la voz de Henrik se quebró.
- A los dos les habían grabado con un cuchillo una estrella de David. Ni siquiera nos dejaron celebrar un entierro judío, nos obligaron a incinerarlos. Lamento cada día esta vida miserable.

Al conocer los sucesos acaecidos un año atrás los pocos ideales que seguía compartiendo con ellos se vieron destruidos, fue la ruptura definitiva con esas ideas, ya no creía las palabras del *Führer*. Cada día me quedaba delante de la cámara de gas mientras en mi mente se repetían una y otra vez los gritos de todas las personas encerradas, trataba de no imaginarme su sufrimiento; me sentía frustrado y cada vez ideaba un mejor plan para abandonar aquel horrible lugar; mis valores morales habían regresado y me estaban haciendo cuestionarme mi falta de humanidad durante los asesinatos de todos aquellos inocentes, provocándome remordimientos de conciencia.

En cuanto el sol se puso caminé con paso pesados a la habitación, me concentré en el sonido de mis pies estrellándose contra el suelo mi único objetivo, ahogar los

remordimientos, sabía que el arrepentimiento no me eximía de castigo y que todas las personas asesinadas no volverían a la vida pero estaba perdiendo la cordura. En cuanto entré por la puerta del dormitorio exclamé.

- En unos días trataré de irme de aquí. Voy a pedir un permiso de excedencia y vosotros fingiréis ser unos parientes lejanos míos.
- ¿Y si nos atrapan?
- Morirán, pero tienen una posibilidad de vivir, todas las demás personas de su edad están muertas, hace unas semanas que fueron enterrados, ustedes fueron capaces de huir.
- No tiene sentido si somos unos visitantes cómo hemos entrado sin ser vistos o registrados.
- Tengo que hacer guardia en la entrada el miércoles, por lo que grabaré vuestra “supuesta entrada” en el acta. Esperad en los alrededores, meteos en el granero y a mi señal pretended que entráis aquí y me debéis comunicar la noticia de que mi madre está enferma y desea verme.

Me tumbé en el colchón, cerré los ojos y me dejé caer en los brazos de Morfeo. Unos sollozos me hicieron escapar de mi nebuloso sueño, al abrir los ojos pude comprobar que el que originaba esos sonidos era el pequeño Bruno, estaba murmurando en sueños, llamando a su madre e instándole a que se despertase. Quería levantarme y protegerle pero en vez de eso centré mi ira contra los míos, en el ahínco y el empeño que pondría en sacar a los Morgenstern de allí.

Tres días después me encontraba haciendo guardia, grabé en el acta su entrada y les hice la señal. Pero en el momento en el que salieron apareció el general Van der Woodsen, al verles ordenó a los soldados que les persiguiesen, a mí entre ellos. Tuve que correr detrás de ellos, se pararon un segundo y ocultaron a Bruno detrás de un barril de cerveza, solo yo me percaté, corrí lo más lento que pude dándoles el mayor margen posible para escapar, pero fue en vano, unos momentos más tarde escuché el silbido de las balas, las vi atravesar sus cuerpos y a ellos caer como fardos, un charco de sangre se formó a su alrededor, me obligaron a disparar trece veces más a los cadáveres para asegurarse de que estaban muertos. <<Debo encontrar a Bruno, puedo tratar de salvarle>>. En el momento en el que ese pensamiento cruzó mi mente un

disparo me hizo girarme, Klaus, había encontrado al niño y con su vieja y confiable Luger le había disparado entre ceja y ceja, su pequeño cuerpo estaba tendido en el suelo. Las fuerzas me abandonaron y una tristeza las sustituyó; había perdido lo único que me había dado fuerzas para continuar, para perdonarme a mí mismo por mis errores de juicio. Por todo esto y porque no puedo soportar tantas muertes en mis hombros es lo que hace que mi vida acabe aquí. Yo, Joseph Kirsche, hijo de Mikael y Gretel Kirsche me despido de este mundo y voy a reunirme con nuestro creador a la edad de veintisiete años; siendo el último lugar terrenal que piso el campo de Auschwitz, en Varsovia.>>- Joseph suelta la grabadora, las lágrimas inundan sus ojos, abre el cajón de su mesilla y saca un revólver que coloca bajo su mentón, tras respirar profundamente y casi sin titubear aprieta el gatillo.

FIN